

mentarse sino con los suyos propios: éste es el secreto de la economía europea, secreto que se ve aquí aplicado aún á los detalles más menudos de la vida.

MELCHOR OCAMPO.



IDIOTISMOS HISPANO-MEXICANOS

Ó MÁS BIEN PRIMEROS APUNTES DE UN SUPLEMENTO AL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, POR LAS PALABRAS QUE SE USAN EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO COMO PARTE DEL DIALECTO CASTELLANO QUE EN ELLA SE HABLA.

Introducción

Lejos de nosotros la presuntuosa idea de reformar las creencias y más lejos aún la de dar leyes sobre el habla que usamos, al emprender la publicación de los apuntes que una larga travesía por mar nos hizo recoger y que un deseo de servir en algo nos movió á coordinar y hacer imprimir, pretendemos solamente dar el catálogo de algunas de las voces que co-

nocemos en México, las unas como peculiares á nosotros, las otras son nacidas en España, pero no explicadas en el Diccionario de la Lengua. Pero hemos querido darlas á conocer tales como ellas se usan y pintarlas como sueñan en casi todos los labios mexicanos.

Nos ha sido, pues, necesario, separarnos un tanto de la Ortografía usual, á fin de que nunca se dude sobre el valor de los signos que empleamos, pues creemos que es este el único modo de hacer constar este hecho: *Los mexicanos del año 1844 hablaban así.* ¿Hacían bien? Nosotros creemos que sí. Para manifestar las razones de esta nuestra creencia y principalmente para explicar los motivos de las variaciones neográficas que aquí se verán, vamos á permitirnos una rápida exposición de ideas sobre estos puntos:

- 1º ¿Qué es lengua?
- 2º ¿Qué dialecto?
- 3º ¿Qué escritura alfabética?
- 4º ¿Cuál es el mejor medio de simplificar ésta?

Nos serviremos de la definición que Beauzée da de la palabra Lengua, diciendo que ella es: «La totalidad de usos propios á un pueblo para explicar el pensamiento por la palabra,»

porque la creemos la mejor de cuantas hasta ahora se han dado de ella.

(Entendemos por *dialecto* el conjunto de (1)

Repetimos aquí con Volney (2) que por *dialecto* debe entenderse lo que en estilo botánico se llama una *variedad* por razón de algunas formas y diferencias accidentales en una *especie caracterizada*, por una estructura común, constante. Si examinamos ahora, aunque sea brevemente, cuáles son los caracteres distintivos de las lenguas y cuáles los de los dialectos, fácil será después aplicar las reflexiones generales á lo que nosotros hablamos, y comparando esto que hablamos con la lengua castellana, resolver si aquélla es un dialecto de ésta. A cuatro consideraciones principales creemos que pueden reducirse las diferencias esenciales de las lenguas, si dejamos las más elevadas de su genio: su expresión de material silábico, construcción, prosodia y entonación.

Entra en el primero no sólo el número y

(1) Este renglón así está en el original, que nos hemos propuesto respetar religiosamente.

Debemos hacer constar que el autor emplea vocablos, que no se hallan en el Diccionario, y otros, con distinto género, del que tienen según el uso.

Los espacios son también del original.—NOTA DE A. P.

(2) El Hebreo simplificado § 1º :

clase de los sonidos y sus modificaciones orgánicas inmediatas, sino también y muy particularmente sus combinaciones entre sí. Por el número podrá decirse que una lengua es más ó menos variada, más ó menos abundante; por la clase, que ella es nasal, gutural, débil, fuerte, dulce, áspera, sonora, etc. Y esta consideración de la clase es de tal modo notable, que de ella toman nombre característico muchos de los modos con que la voz humana puede emitirse: así se distinguen la *e* muda francesa, el *th* inglés, la *ll* española, el *w* alemán, el *tz* mexicano, la aspiración dura de los florentinos, la fuerte de los árabes, el *ϕ* griego, etc. Lo mismo sucede con las combinaciones: algunas hay que son peculiares á ciertas lenguas, como el *tl* mexicano, el *cht* alemán, las terminaciones en *b* ó en *f* del hebreo, etc.; y tanto en la clase como en la combinación de los sonidos, influye de un modo especial el clima.

Preferimos la palabra construcción á la de sintáxis, porque nos parece que hoy es más lata aquélla; al menos aquí la empleamos como más extensa. Comprendemos, por lo mismo, en ella las declinaciones por artículos ó por casos, las modificaciones de acción por los verbos, la colocación de las palabras, los idio-

tismos, etc. Nos bastarían tales conocimientos para atribuir al inglés ó al alemán un *genitivo*, que viésemos formado con una *s* apóstrofe; al griego ó al sanscrito, un número *dual*; ó al mexicano, un verbo reverencial; al francés, un *es por esto que*; ó al alemán, un *me dejaré hacer un pantalón*, etc. En los idiotismos especialmente consisten las bellezas y particularidades más delicadas de las lenguas, y son la parte más difícil de aprenderse. Esta parte depende esencialmente del grado y clase de civilización.

No es menos notable la diferencia que los diversos pueblos han puesto en el tiempo que dilatan para pronunciar sus sílabas; estas diferencias forman lo que se llama prosodia y por ellas se puede decir que los franceses hacen agudas todas las terminaciones en vocal, nosotros todas las en *d*, etc.

En cuanto á la entonación puede igualmente decirse, que basta por sí sola para que un inteligente conozca y califique el país de la persona que habla. Esta es la *especie de canto* que Quintiliano decía que hay en el habla. Es de tal modo distinta de la prosodia, que aun en los extranjeros que no cometen faltas prosódicas, se puede notar la entonación de sus respectivas lenguas; del mismo modo pue-

de un práctico hablar castellano ó francés ó cualquiera otra lengua, con entonación inglesa, alemana, italiana, etc. En la lengua inglesa, sobre todo, se tiene grande atención por el acento dominante de la frase. También éste es uno de los puntos en que más puede influir el clima.

No tenemos en castellano los nombres que serían necesarios para indicar las especies y variedades de una misma lengua, ni me atrevo á proponerlos, porque no puedo detenerme á profundizar esta materia. Pero si digo que sería conveniente que hubiese no sólo las palabras lengua, dialecto, jergonza, jermanía; sino también que á provincialismo diese el uso una significación más lata, que tuviéramos con que designar directamente todos aquellos caracteres ya esenciales, ya secundarios, con que se diferencía una lengua, no sólo de nación á nación, de provincia á provincia, sino también aquellos con que se distinguen una ciudad ó un distrito. Cuando he oído la pronunciación siflante (del ge francés) que los mexicanos y poblanos dan á la ye; cuando he notado la entonación de un colimeño tan diversa de la de un queretano, he deseado encontrar nombres que se aplicaran á estas diferencias, y . . . no he encontrado tales nombres.

Si los tuviéramos, si se hubieran analizado más estas ideas, si la atención de los sabios se hubiese detenido en esto y el uso fijado, lo que aquellos propusieran, la palabra *dialecto* tendría hoy una significación tan precisa como las voces idioma y lenguaje. Pero, pues que no ha sido así, puesto que tal palabra sólo se aplicaba algunos años há al griego ático, y que nosotros tenemos necesidad de usarla aquí en una significación precisa, veamos primero qué han entendido los sabios en los últimos cincuenta años por esta palabra *dialecto* y ensayemos en seguida fijar su significación.

Lo primero que ocurre es el texto de nuestra lengua, el Diccionario; dice así: «Lenguaje que tiene con otro ú otros un origen común, aunque se diferencie en las desinencias ó en otras circunstancias de sintáxis, pronunciación, etc.»

En un artículo de Dumarsais encuentro: *Διαδλεκτος*, π, γ, modo particular de pronunciar, de hablar; dialecto no es lo mismo que idiotismo. Este es un giro particular de una frase y comprende la frase toda; en lugar de que *dialecto* no se entiende sino de una palabra que ó no es enteramente la misma ó se pronuncia de diferente modo que en la lengua común. Por ejemplo: la palabra *filie* se pro-

nuncia en nuestra lengua con *elle*, mientras que el pueblo de París la pronuncia con *ye*; es esto lo que en griego se llamaría una *dialecto*. Así en griego las *dialectos* son las diferencias particulares que hay entre las palabras relativamente á la lengua principal ó común. De esta manera y con respecto al italiano, el bergamés, el veneciano, el bolonés, el romano, el toscano, podían considerarse como otros tantos dialectos.

Entre las varias cosas que Gail ha explanado en su artículo *Dialecto*, hay una ú otra que no puedo menos que citar, á pesar de que eran algo limitadas las miras del autor. «Las lenguas más alejadas y más disímbolas tienen, casi siempre, algún punto de contacto y de semejanza: una misma lengua hablada en dos provincias ó en dos partes de una provincia, á veces muy cercanas, sufre ya alteraciones más ó menos notables. Ya que, por una parte, las lenguas no son mas que derivaciones las unas de las otras; cada pueblo está obligado á formarse su vocabulario de todo lo que habla en derredor de él; no ha podido eriarlo ni aceptarlo primitivo, sino una vez sobre cada punto de la tierra, al principio de las cosas, y esto explica las semejanzas entre lenguas separadas por espacios inmensos de lugares y de tiempos:

he aquí en cuanto al principio de uniformidad hereditaria. Pero por una disposición inversa, el habitante de cada país está inclinado á hacer plegar la colección de palabras que le fueron transmitidas á sus hábitos de sintáxis, á los caprichos de sus órganos, á sus impresiones locales. Usa á su antojo del fondo común de lenguaje que circula de todos lados, es original en su imitación y creador de mil idiomas forjados con el que le han impuesto las colisiones de los pueblos y ciertos acontecimientos notables. En general, continúa, *patois* y *dialecto*, parecen ser idénticos; sin embargo, se emplea más habitualmente la palabra *dialecto*, con cierto grado de estimación, para designar una modificación de lenguaje que ha adquirido importancia, extensión, crédito. El dialecto es el idioma dominante, modificado por una población, á la que es necesario considerar y tratar sobre un pie de igualdad intelectual.»

Pero nada me parece que puede venir aquí más á propósito, para los que gustan de auto-ridades, que la del distinguido literato Beauzée. «Si una lengua, dice, es hablada por muchos pueblos iguales y cuyos Estados son independientes unos de otros, tales como eran antiguamente los griegos y lo son hoy los italianos y alemanes; con el uso general de los

mismos nombres y de la misma sintáxis, cada pueblo puede tener usos propios sobre la pronunciación ó sobre la declinación de las mismas palabras: estos usos subalternos, *igualmente legítimos*, á causa de la igualdad de los Estados, en donde están autorizados, constituyen los *dialectos* de la lengua nacional.

Fácil me sería citar las mismas ideas expresadas por otros, pero entiendo que basta lo expuesto para que sepamos qué se ha entendido por dialecto en estos últimos tiempos y podamos así dar á entender mejor nuestras propias ideas.

Entiendo que no hay dos individuos, ni en una misma familia, que hablen su lengua materna tan exactamente igual, que jamás se note diferencia entre ellos para expresar unas mismas ideas. Ya el giro que nuestro carácter da á las frases, ya la diversa pronunciación que nuestros órganos dan á unas mismas modificaciones, ya, finalmente, la entonación, son cosas tan distintas de persona á persona, que Aristipo dijo: *habla y te conoceré*; y Leclerc: *el estilo es el hombre*; que existen las palabras ceceo, gangoso, tartamudo, y que reconocemos de lejos la voz de nuestros conocidos, aunque estemos á distancia que nos impida distinguir lo que dicen. Ahora bien, si se re-

conoce este hecho, que creemos cierto, nadie se admirará de que haya familias, pueblos, distritos, provincias y naciones que por una suma mayor de diferencias en el habla, se distinguen de naciones, provincias, distritos, pueblos y familias por sólo la lengua que hablan, aunque esta lengua sea para todos una misma en su fondo. Si quisiéramos dar más extensión á este modo de considerar la manifestación del pensamiento, podríamos muy bien abrazar en una ojeada todas las lenguas y partiendo desde su primera y más general división en transpositivas y analizar, bajar de grado en grado hasta las diferencias personales de gangoso, tartamudo, etc. Pero, lo hemos dicho ya, para todos los eslabones de esta gran cadena de abstractos, no encontraríamos términos directos con que marcarlos.

No vayamos, sin embargo, tan lejos. Si subiendo solamente desde el individuo que no puede pronunciar *eres*, por los escalones de familias que tienen tal ó cual vicio orgánico; de pueblos que ocupan tal localidad ó tienen tal ocupación, de distritos cuyo clima ó influencias dan color á su habla y de provincias cuyo suelo y productos la modifiquen, llegaremos hasta naciones, cuya existencia política y tradiciones históricas, cuyos productos naturales, posición, clima,

estado de civilización ó relaciones en el mundo, dan al modo con que expresan sus conceptos por el habla, un tinte particular, común á todos sus habitantes y fácilmente reconocible y explicable. Esto será el *dialecto*. Ahora bien, este tinte particular no puede consistir sino en los mismos caracteres que hacen distintas las lenguas entre sí; pero tomando estos caracteres en consideraciones de importancia que las que sirven para distinguir aquéllas.

Y dejando ya las abstracciones y contrayéndonos á nuestro caso, la diversa pronunciación que la República de México da á las sílabas castellanas *za, ce, ci, zo, zu, lla, lle, lli, llo, llu*, y el empleo de la combinación *tl*, peculiar á nosotros, las muchas palabras que usamos como isosónimas de otras castellanas, uno ú otro idiotismo, los muchos nombres que el castellano no tiene y de que no podemos pasarnos, y nuestra distinta entonación ortóepica, son consideraciones bastantes para sostener que en México se habla una *cosa distinta* de la lengua castellana. Y que ésta cosa sea un dialecto y que merezca respetarse, acatarse y atenderse, proviene de que no es el producto de la ignorancia, ó el extravío de uno ú otro original, sino el *uso general* de ocho

millones de habitantes que en sus tribunas, en sus foros, en sus púlpitos, en parte de sus teatros, en sus reuniones más escogidas, y por sus sabios, sus diplomáticos, sus magistrados, sus oradores y sus poetas quieren hablar así, y así hablan. Creen que si la pureza de una lengua puede depender de tal ó tal pronunciación tradicional sola y aislada, no hay hoy lengua alguna pura, porque todas han modificado más ó menos sus antiguas pronunciaciones; creen que bien pueden persuadirse á los hombres y conmoverlos sin pronunciar *zes, ces ó lles*, como no las pronuncian las lenguas en que no las hay; creen que sin *ces* ni *lles* pueden llegarse á adquirir y transmitir todos los conocimientos, todos los adelantos posibles, y que si un pueblo tiene derecho para establecer lo que mejor le plazca sobre sus creencias, sobre sus instituciones, sobre sus costumbres, es el colmo del ridículo, por no decir otra cosa, pretender que no tenga este derecho sobre los usos de su pronunciación. Hace ya cerca de dos mil años que un inteligente (1) proclamó como un principio que el uso era el árbitro de las lenguas, que él establece el *derecho* y la norma de hablar; y éste principio reconocido como incontestable por todos los lite-

(1) Horacio: Art. poet. 70.

ratos de todos los países, sólo se quiere despreciar por algunos cuando se trata de aplicarlo á México.

Eseritura alfabética es en nuestro humilde juicio la *representación gráfica* del habla por signos que corresponden á los sonidos y modificaciones de que aquella consta.

Suponiéndose esta una definición pasable, no nos detendremos en explicarla, sino que seguiremos desde luego considerando cuáles son los mejores medios de simplificarla.

Y desde luego nos ocurre, como el principal, la máxima de *escribir como se habla*. Ni nos asustan los términos tan generales en que la formulamos, porque sus consecuencias no son tan peligrosas como algunos genios asustadizos se las figuran. Si se permitiera, dicen, que se escribiera como se habla, 1º: se escribirían mil disparates; 2º: la lengua al cabo de algunos años no podría transmitirse por escrito; 3º: nada habría entonces que pudiera fijarla; 4º: se perdería insensiblemente la *buen*a y *legít*ima pronunciación. Pero creemos muy fácil contestar á estos reparos. Diríamos desde luego al 1º, que el mundo quedaría tan dividido como hoy está, en ignorantes, semi-sabios y sabios; reformárase ó no la escritura; pero en cuanto á ella, se obtendrían algunas ventajas,

Los ignorantes escribirían *truje* y *naidien* y *quero*, lo mismo que hoy lo escriben; los sabios tan guardarían los nuevos convenios como guardan los antiguos; y los semi-sabios que somos, entre los que escriben, la multitud, tendríamos menos tropiezos para pintar con letras nuestros pensamientos.

A lo 2º: Tal temor es enteramente infundado: Si la Academia Española hubiera podido existir antes de Alfonso el Sabio, es muy probable que este buen rey no hubiera simplificado la escritura como lo hizo en sus obras: la Academia, suponiéndole las doctrinas que ha manifestado sobre etimología y uso, habría procurado *fijar* la escritura, y sólo hubiera, sin embargo, conseguido enunciar sus creencias del momento; pero no hubiera evitado que el espíritu humano minase lentamente su autoridad, y la obligara á relajarse sobre las nuevas exigencias del raciocinio. Varia ha sido la pronunciación de lo que se ha llamado castellano en diferentes épocas, y varia su escritura ¿háse por esto dejado de transmitir la lengua?

3º Nosotros sostenemos que muy al contrario sucedería, y para probarlo recurramos únicamente á las pronunciaciones en que la *representación* se ha seguido la regla de que nos

declaramos partidarios. Digase si no cuántas alteraciones han sufrido y en qué voces las sílabas ma, me, mi, mo, mu; da, de, di, do du? Y mientras que ninguna se nos asigne, originada al menos por la interpretación de la escritura, nosotros señalaremos centenares de cambios sobre otras muchas letras. Veamos si no, las pérdidas que los etimologistas ó sesistas han tenido, recorriendo de prisa el alfabeto y notando lo primero que recordemos.

En las vocales el guión que indicaba haberse suprimido la *m* ó la *n* que debía seguir las, a-bos, quie-, i-digno, dixero-, segu-; la capucha que advertía el valor gutural de la *ch* ó el no gutural de *x*, como en *châtedra*, *chôromancia*, *chôro*, *exâcto*, etc.

B. Suprimida del todo en algunos libros y reemplazada por *v*; cambiada en esta misma *v* en muchas voces; en *u*, como en *cibdad*; perdida en muchísimas articulaciones inversas, como *subjetarse*, etc.

C. Suprimida del todo en algunos libros para reemplazarla por *z* en su valor dental, como *facer*, *ofizio*, *juizio*, de las que aun se conservan muchas, como *zedilla*, *zelo*, *zinc*, *zipizape*, *zizaña*, etc. Igualmente perdida en *fructo*, etc.

D. Perdida en muchas articulaciones inversas, como *adstringente*, etc.

F. Reemplazada por *ph* en todas las palabras venidas del griego, y aún en otras, como *philosophía*, *philisteo*, etc. Perdida y reemplazada con *h* en *fiijo*, *finojo*, etc.

G. Perdida en muchos de sus valores de *j* y en muchas de sus articulaciones inversas, como *augmento*, etc. Suprimida en las duplicaciones, *aggarrar*.

H. Perdida en todas sus combinaciones con la *p*, la *t* y la *c* gutural, como *Physica*, *Theología*, *chimera*. Resucitada en palabras que ya la habían perdido, como *ome*, *error*, *aver*, etc.

J. Ganando terreno sobre la *g* y la *x* gutural, como *jícara*, *jerez*, etc.

K. Perdida del todo y perdida con la peregrina alegación de ser poco conforme al *carácter* de nuestra lengua!

L. Suprimida en algunos casos simplemente etimológicos, como *bullâ* (bula), etc.

M. Suprimida en *prompto*, etc.; aclarada y no suplida ya con un guión en las articulaciones inversas, como *ho-bre*, etc.

N. Perdida en *ansí*, etc. Suprimida en varias duplicaciones, como *innocente*, etc. Aclarada en la articulación inversa, como *quie-*, etc.

P. Perdida en *Pneumática Psalmo*, etc. Suprimida en *escriptura*, etc. Desterrada de la combinación con h de *Philosophía*, etc., y en las duplicaciones, como *apparato*

Q. Reemplazada con c en *questión*, etc.

R. Mejor distinguida en sus dos valores de ere y erre, aunque subsistente todavía en *vi-rey*, etc., que sin saber latin no puede distinguirse de *vireis* (de virar) *virulento*, etc.

Ahora preguntamos ¿en qué consiste que las sílabas *ma* y *de* se hayan representado siempre de un mismo modo y no haya sucedido otro tanto con las demás? Suponemos que para esto hay alguna razón y la única que encontramos es que la *m*, la *d* y otras pocas letras han representado invariablemente una misma pronunciación. Da vergüenza, pero es preciso confesarlo, las lenguas modernas ó aunque sean antiguas, que han apropiádose el alfabeto pelásjico, tal como lo habían alterado y fijado los romanos, han sido de tan miserable inventiva que, á pesar de que poseían tan pocas pronunciaciones que no usaron los romanos, no han podido encontrar el pequeño número de signos que represen'tase directamente tales pronunciaciones: de ahí el absurdo de aglomerar sin gusto ni razón varios caracteres latinos para representar sonidos á que ningun-

no de aquellos correspondía. Tomamos como ejemplo el sonido que los ingleses representan por *th* y que ni tienen ni han tenido los griegos, ni tuvieron tampoco los romanos. ¿Qué ha hecho la sabia, la culta Europa para representar este sonido? Juzgando por analogía, yo supongo, los gramáticos de la edad media comenzaron por querer pintarlo con *ch*, como la usan actualmente los franceses: vendría después alguno que recordando el valor primitivo de *c*, ensayando la pronunciación del *sch*, conociese que un sonido siflante, un sonido dental no-estaba bien representado con una gutural *c* (*k*) y la *sánalo-todo h* (aspiración), creeria entonces que con sólo esforzar por medio de ésta el sonido *s*, quedaba representado *sch*; y este es el sistema alemán. Pero, por qué los italianos pintan *sci*, los portugueses y á su ejemplo los que escribieron nuestras lenguas americanas *x*, los polacos *sz* y algunos españoles, cuando han querido explicarlo, *tch*? ¿No había valido más que inventando desde el principio un signo, hubieran como los árabes * y los rusos ** fijado invariable é inequí-

**Arabes



* Fuso

